

de "des-aislamiento", son tomados por un engranaje de actividades que les mantienen, en la gran aglomeración urbana, fuera del aislamiento: actividades profesionales, o políticas, o religiosas, o de caridad, o culturales, etc. . . hombres que, cuando se encuentran fuera de su hogar o de su habitación, encuentran, mediante ellas, en las formas más diversas, contactos afectivos positivos o negativos que les mantienen fuera de todo aislamiento. Apenas si nos parece necesario insistir en todo esto y, en todo caso, nos parece inútil el buscarle desarrollo a nuestro pensamiento. Los pocos minutos que en la jornada o en la semana transcurren fuera del hogar o de las horas de reposo en sus habitaciones, y según sean solteros o no, y sea cual fuere la forma en que se presente la vida matrimonial, estos hombres las pasarán y las pasan en los barrios estudiados, *en el café*. No forzosamente con fines de alcoholización, y raras veces incluso en tal grado que el alcoholismo se desarrolle en ellos, sino en el café precisamente con el fin de encontrar a otro individuo determinado a quien saben que encontrarán a tales horas en ese café. Se podrá decir que hay en eso un fenómeno idéntico al de la mujer del medio proletario, al del comerciante al menudeo en sus relaciones con cada una de sus clientes que a su vez mantiene relaciones recíprocas con las restantes, pero la asimilación sería abusiva. En primer lugar, sería abusiva tal asimilación porque es menor la necesidad —si es que realmente hay necesidad— para el hombre en cuanto a ir al café —en el caso preciso que acabamos de presentar— frente a la necesidad que tiene la mujer de ir a hacer sus compras cotidianas. Por otra parte, la desigualdad en el trato de las clientes por parte del comerciante minorista no se da en el caso de quien atiende la cafetería con respecto a los diferentes consumidores. Finalmente, no hay una confianza particularmente otorgada por los hombres de quienes hablamos (no se trata de los habituados o de los bebedores) al de la cafetería o de éste a ellos. Mucho menos se podrían mencionar verdaderas confianzas, realmente vinculadoras, entre estos hombres y el patrón o encargado del expendio de bebidas y que pudieran parangonarse con las existentes entre las mujeres y su peluquero. Podría hablarse más bien en casos, sobre todo, de pasatiempo sin obligación, de discusiones con otros clientes o con el encargado acerca de temas o tópicos profesionales o para-profesionales. Cuando más, *en cuanto a afectividad*, podría hablarse de un *clima* propio de cada café, expendio, taberna, en el cual los hombres de quienes hablamos se encuentran a su gusto y, en cierta forma, en libertad; en libertad, si es que esto puede decirse, pero *buscar una libertad de este tipo, ¿no equivale también a buscar un modo de aislamiento?* A partir del momento en que trabaja al ritmo de la gran aglomeración urbana, el hombre, proletario o burgués, tiene más necesidad de buscar un tipo de aislamiento que necesidad de huírle y de temerle.

En cambio, en donde puede existir un *aislamiento moral* y un *abrumante aislamiento moral* para el hombre, es cuando se encuentra situado en la jerarquía social, no en el proletariado, sino *en el "sub-proletariado"*. Las zonas parisinas que hemos examinado, incluso próximas a la periferia —puesto que se sitúan aproximadamente en la antigua "zona"—, están actualmente demasiado próximas a la aglomeración regulada conforme a un plano de urbanismo como para abrigar, por lo menos en un número suficiente para un estudio, elementos importantes del sub-proletariado. Según esto, procederemos sólo mediante alusiones rápidas y vagas comparaciones que, con todo, serán suficientes, según creemos, para mostrar que si existe una categoría de hombres que quizás pueda sufrir en una gran aglomeración urbana de un aislamiento, es en el sub-proletariado en donde hay que buscar y en donde se encontrará esa categoría. Recién llegados, por lo general, a esa aglomeración, no han encontrado aún un trabajo o, si lo han encontrado, no es sino un trabajo inestable que les hace pasar de una ocupación a otra, produciéndose intervalos que son bastante largos en ocasiones entre cada dos períodos de empleo, cada uno de los cuales suele ser a menudo muy breve. Empleados como trabajadores manuales en lo más bajo de la escala profesional y en las profesiones peor definidas, peor organizadas, su situación económica —de lo más bajo y de lo más efímero— no les permite vivir, tanto en cuanto al reposo como en cuanto a la alimentación, ni siquiera en el nivel del más humilde de los proletarios. En cuanto que no han tomado aún conciencia de pertenecer a una clase estructurada, se aproximan de tiempo en tiempo a la clase proletaria para, en seguida, alejarse de ella o ser alejados de ella por las circunstancias, con lo cual están verdaderamente *aislados*. Es, por tanto, todo el problema del sub-proletariado el que habrá que tratar y, singularmente, el del *aislamiento del sub-proletariado* lo que habría que tratar, lo cual sobrepasa de todos modos el marco de este tema de comunicación y desborda, y con mucho, los límites normales de una nota. Por lo demás, habría que plantear el problema de saber si el aislamiento del "sub-proletariado" está ligado o no al fenómeno urbano en sus relaciones de causa a efecto o si —como lo hemos visto para ciertos elementos burgueses de nuestro campo de observación— no es *la pertenencia a tal o cual clase o categoría sociales la que engendra el aislamiento* o empuja hacia él por un rechazo de contacto con alguien distinto de sí mismo. ¿No hay en el aislamiento del "sub-proletariado" agrícola y en la parte vagabunda de este sub-proletariado un aislamiento y un rechazo de contactos¹⁴ y de contactos de carácter afectivo principalmente? Así como no creemos ya que la gran aglome-

¹⁴ Véase A. Vexliard: *Introduction a une Sociologie du vagabondage* (Pequeña Biblioteca Internacional de Sociología, dirigida por Armand Cuvillier). Rivière. París, 1956.

ración urbana engendre el aislamiento del burgués que vive en un medio popular en cuanto el contacto se rechaza, según hemos visto, no creemos tampoco que la gran aglomeración urbana engendre, en cuanto tal, el aislamiento del sub-proletariado que —tanto como el burgués a quien nos referimos— no responde al “des-aislamiento” que le lanza, por el contrario, la ciudad.

Dudamos realmente en plantear nuestro último problema complementario. Una comunicación enviada a un importante Congreso de Sociología no debe abrirle el campo a la paradoja, y tememos el que este problema pueda parecer paradójico y voluntariamente paradójico, puesto que no es éste el caso en forma alguna. ¿No habrá que preguntarse si, lejos de crear o de engendrar el aislamiento de la persona, la gran aglomeración urbana no es, de todos los tipos de *habitat* humano, aquel que más se opone a tal aislamiento? Y, si no de todos los tipos de *habitat* humano, por lo menos sí de entre el conjunto de sistemas urbanos de *habitat*.

Pasemos por alto aquí la aldea en la que los recién llegados son raros; en la que los vínculos de parentesco unen a la mayoría de las personas; en la que el intercambio de servicios se produce en todos los sentidos del término “servicio” y, por lo tanto, para ciertos servicios, con una carga afectiva muy fuerte. La falta de una conceptualización firme para la sociología urbana¹⁵ es muy incómoda en cuanto se trata de designar a las ciudades no sólo de acuerdo con su importancia numérica, sino de acuerdo con sus principales características: oponemos a la gran aglomeración urbana del tipo y de la envergadura de París, la ciudad francesa de tipo “*sour-préfecture*”,¹⁶ de tipo sociológico realmente urbano si se ha de dejar de lado en cuanto relacionado más con el mundo agrario, el “*chef-lieu-de canton*” que a menudo es un simple pueblo. Y plantéemonos el problema del aislamiento del migrante en el medio urbano del nivel de la subprefectura.

El conjunto de las tradiciones de las clases y especialmente de la clase burguesa, se encuentran ahí con todas las interdicciones que supone; las relaciones de personas y de familias instaladas en la subprefectura desde hace ya un tiempo más o menos largo, la extensa teoría de los “notables” en uno o en

¹⁵ Véase la comunicación enviada por P. Hadji-Dimu a este Séptimo Congreso Nacional de Sociología: “Para una conceptualización en materia de sociología urbana”.

¹⁶ Ya se sabe que, si se elimina París —que tiene un sistema administrativo especial—, Francia está dividida en 89 departamentos, cada uno de los cuales tiene una cabecera (*chef-lieu*) o prefectura, y 3 o 4 distritos (*arrondissements*) cuyo centro es la subprefectura. Por lo tanto, existen cerca de 300 subprefecturas en Francia, las cuales tienen poblaciones que se encuentran entre los 4 000 y los 20 000 habitantes aproximadamente, a excepción de algunas subprefecturas, como Le Havre, que están más cerca de la categoría “gran aglomeración urbana”.

otro grado, pertenecientes a una u otra clase, con las múltiples imbricaciones de relaciones positivas o negativas de esos mismos notables, que constituye ahí una red apretada entre cuyas mallas es muy difícil insertarse y menos deslizarse; como escribe Antonio da Cruz Guimarães a este Congreso, toda ciudad es esencialmente la ciudad de esta provincia, de esta región¹⁷ y, por tanto, de esta campiña, lo cual hace que se agreguen a las interdicciones proyectadas por las clases y capas y categorías sociales, las tradiciones campesinas de los alrededores de la subprefectura. Al estar preparando estas comunicaciones en el Centro de Estudios y de Investigaciones Humanas y en la Dirección de Investigaciones del Instituto de Investigaciones y Estudios Diplomáticos, nos ha llamado la atención el fenómeno campesino, igualmente sensible a la subprefectura, de lo que se denomina el *horzain*, el *horzain* al que ha aludido ya en su comunicación a este mismo Congreso Henri-Georges Muller: en el nivel de la subprefectura, la barrera interpuesta por el fenómeno del *horzain*, por “aquél que no está ahí” es, para el recién venido, casi infranqueable, no sólo durante años, sino —en grados diversos según las diferentes regiones— incluso durante generaciones en Francia. Para el “migrante” de la clase que fuere, el aislamiento es claro, incluso en el interior de su clase social en la categoría urbana empírica de la ciudad subprefectural en Francia: no será “adoptado” —y puede percibirse fácilmente todo lo que este término tiene de afectivo y la importancia que esto tiene, puesto que la efectividad de las relaciones es precisamente lo que rompe más el aislamiento, precisamente por ser el aislamiento un fenómeno afectivo—, y no será adoptado sino después de que haya pasado largo tiempo y haya triunfado de un cierto número de pruebas de comportamiento correcto, en relación con las normas tradicionales de la región.

La gran aglomeración urbana no presenta, como el barrio, en el sentido administrativo de este término, sino pocas de estas interdicciones. Si las clases no se interpenetran para nada, al menos, en el interior de cada una de ellas, las interdicciones de otros y visitas son raras; la diseminación de los barrios como “espacios de actividades” permite el que, en donde se plantean tales interdicciones, puedan volverse los individuos hacia un barrio de actividad distinta; lejos de ser un centro de retracción, de repliegue sobre sí mismo —caso de la subprefectura— la gran aglomeración urbana es mucho más centro de expansión en cuanto la totalidad de la aglomeración urbana de gran envergadura se ofrece a la aproximación de cada uno de los habitantes, sin que el juego de interferencias entre grupos ya establecidos y estructurados —como ocurre en el caso situado en el nivel de la subprefectura— obstaculice el contacto, por

¹⁷ Véase la comunicación de A. da Cruz Guimarães: “Para un análisis sociológico de los pequeños centros semi-rurales, semi-urbanos de Brasil”.

lo menos de quienes buscan dicho contacto con otras personas o con los demás; si las ciudades medias son siempre ciudades de una región y, por lo tanto, de una campiña y de un conjunto de tradiciones, la gran aglomeración urbana ya no es —incluso en caso de haberlo sido cuando tenía menor envergadura— la ciudad de su región: París no es ya la ciudad de la *Ile de France*, ni tampoco la del *Bassin Parisien*; el fenómeno del *horzain*, del *horzain* (como quien dice, del fuereño, del fuer (a)-ense), de “quien no es de ahí”, en la gran aglomeración urbana no se resiente o probablemente sólo se resienta unos pocos días quizás en el nivel del barrio por lo menos en el interior de la propia clase, y para quien es exterior a su clase probablemente no exista en el eventual rechazo un fenómeno urbano, sino un fenómeno de clase; las tradiciones, costumbres, maneras de ser, comportamientos estrictamente regulados y a los que hay que someterse, no son de hecho de la gran aglomeración urbana, sino de la “ciudad pequeña”. En una forma breve, la gran aglomeración urbana ofrece posibilidades de contacto que quien quiera aislarse está en capacidad de rechazar con el fin de aislarse mejor, en tanto que la ciudad pequeña, la subprefectura francesa, ofrece más rechazos, una ruptura con el recién venido, más que reclamo de relación con el mismo.

De este modo, el papel del “des-aislamiento”, por muy contradictorio que pueda parecerles a muchos, por muy paradójico que pueda parecer formulado en ese modo, nos parece que resulta más y mejor desempeñado por la gran aglomeración urbana que por cualquier otro re-agrupamiento urbano.

Conclusiones y Recomendaciones Autorizadas por esta Investigación.—Terminamos, finalmente, con la presentación que hemos hecho de nuestras observaciones, con comentarios a las mismas y con los problemas complementarios que nos hemos planteado y que les planteamos —en caso de que quieran examinarlos— a los congresistas de Monterrey. No queremos generalizar *a priori* las observaciones o los ensayos de solución que hemos aportado en esta nota nuestra, persuadidos como estamos de que una de las faltas capitales del sociólogo, en el estado actual de su disciplina, consiste en apresurarse a generalizar¹⁸ y lo que hemos aportado aquí, aun cuando pensemos que resultará válido para zonas parisinas semejantes a las que observamos, queremos mantener reducido al estricto cuadro del campo de nuestras observaciones cuanto hemos observado y comentado y queremos que se tenga a bien considerarlo únicamente en este sentido.

¹⁸ Con respecto a los peligros de una generalización apresurada, consúltese: Émile Sicard: *La Zadruga sud-eslava dans l'évolution du groupe domestique*. Ophrys. Paris, 1944 (obra premiada por la Academia Francesa. Premio Halphen, 1944). 705 pp. Introducción y *passim*.

Sin embargo, permítasenos tratar de poner las conclusiones a que llegamos en el modo de las fórmulas.

Primera.—En un barrio popular o, mejor aún, en una zona popular (a fin de tratar de conservar para el barrio sociológico de la gran aglomeración urbana el sentido de “espacio de actividades”), tanto el sociólogo como el habitante e incluso como el migrante, no se encuentran frente a un simple fenómeno de coexistencia de personas o frente a una simple yuxtaposición de elementos humanos individuales separados, sino frente a un re-agrupamiento —en el sentido activo y dinámico ya definido— de estas personas y de estos elementos, re-agrupamiento inestable por definición, no estructurado y de base afectiva que, por esta misma inestabilidad, esta ausencia o falta de estructuración y por o gracias al elemento afectivo fundamental, destruye el supuesto aislamiento.

Segunda.—Cuando existe un aislamiento en una gran aglomeración urbana parece que, mucho más que en los medios urbanos de menor envergadura del tipo subprefectura francesa, el aislamiento se presenta como un rechazo, como un rechazo de posibles relaciones, como algo que se rehusa o rechaza y que proviene de la persona, ya sea en cuanto fenómeno psíquico individual o ya considerada en su pertenencia de clase, de capa o de categoría sociales; rechazo que impone un comportamiento que crea el aislamiento.

Tercera.—El fenómeno de aislamiento de la persona, si bien es evidente que debe ser estudiado en su forma y como fenómeno urbano, no puede considerarse producido por el fenómeno de la gran aglomeración urbana que tendría mucho más tendencia a reducirlo y a hacerlo desaparecer en caso de que no se presentaran interferencias personales y de clase.

Cuarta.—El mínimo de aislamiento se presenta, como máximo de ocasiones de ruptura de este aislamiento, en la aglomeración urbana de gran envergadura, en las capas populares y en la clase proletaria; las capas proletarias y la clase proletaria en cuanto características de una civilización industrial mucho más que de una civilización de base burguesa y agraria y la civilización industrial que parece tener como corolario la gran aglomeración industrial, ¿no parecen permitir el que se diga que el fenómeno de aislamiento que se encuentra eventualmente en este tipo de aglomeración se presente, o como una consecuencia de una sub-proletarización —fenómeno patológico de la civilización industrial— o como resto de las civilizaciones tradicionales de forma burguesa no características de la gran aglomeración urbana?

Éstas serían las conclusiones completamente provisionales y siempre sujetas a revisión y complemento, que quisiéramos presentar a la consideración de las reuniones científicas que representan los Congresos Nacionales (Mexicanos) de Sociología.